

La historia como invención: "los Conquistadores"

El Teatro Nacional Popular ha iniciado su Temporada de Abono con la puesta en escena de "Los Conquistadores", bajo la dirección de su propio autor: Hernando Cortés. Es su segunda obra (la primera fue "La ciudad de los reyes") y constituye uno de los proyectos escénicos con temática nacional más ambiciosos de los últimos tiempos.

La particular visión de Cortés sobre la historia de la conquista del Perú le ha permitido presentarnos una singular dramatización que, puede muy bien motivar polémicas y mesas redondas. Sin embargo, él declara que su obra es de ficción literaria. Conversamos con él.

L. Teahko - Lima

—¿Por qué has llamado "Atabalipa" a un personaje que todo el mundo conoce como Atahualpa?

—Quizá a los españoles de la época la pronunciación del nombre les sonaba así y, por ende, así lo consignaron los primeros cronistas. Yo lo he puesto de este modo en mi obra porque los únicos que lo pronuncian en ella son los conquistadores.

—¿Y cuáles han sido tus fuentes principales para el conocimiento histórico de los hechos?

—Lo que estudié en el colegio, lo que extraje de las conversaciones que tuve con Juan José Vega y la Crónica de Diego Trujillo. Lo demás es de mi propia cosecha. Ninguna obra de

ficción literaria tiene por qué atenerse a los hechos históricos y, por lo demás nunca he pretendido escribir un drama histórico con rigor anecdótico. Lo que he querido hacer es, valiéndome del ejemplo de la conquista del Perú por los españoles, ilustrar dramáticamente el gran tema de la invasión de un país poderoso sobre otro. Toda conquista es una forma de imperialismo, sea hoy, sea en el siglo XVI.

—En la presentación que haces de los conquistadores no dejas margen a rasgos positivos de humanidad. Son aventureros con la única motivación de la riqueza y el poder. ¿No crees que es una visión parcializada?

—Tener una fuerte personalidad capaz de vencer todos los obstáculos que las circunstancias le presentan a uno en el camino, me parece un rasgo positivo de humanidad. Eso hace que uno tenga una estatura humana mayor que la del nivel normal, que la del individuo común. Ahí radica para mí la grandeza de los personajes de "Los Conquistadores". Tampoco olvidemos que en el siglo XVI la gente estaba acostumbrada a la violencia y a la crueldad. Los espectáculos que reunían mayor número de público eran las ejecuciones en las plazas. Sin ningún escrúpulo, cualquier persona era capaz de denunciar como brujas por igual a una hermosa mujer un poco liviana o a una anciana a quien la naturaleza había dotado de una extrema fealdad. Los conquistadores pertenecían a una clase miserable, social y económicamente y sólo aspiraban a triunfar en la vida con aquella cultura y educación que en la sociedad de su época pudieron aprehender. De ahí que Pizarro, en la taberna de Panamá, asevere: "Este es un juego de valientes. Un destino que admite pequeñeces. ¡Aquí valen las trampas!".

—¿Y el que sean valientes estaría reñido con la bondad o la generosidad?

—De ninguna manera. Pero creo que los personajes de esta etapa de nuestra historia, que son prácticamente los que crearon nuestra nacionalidad (el elemento indígena todavía no ha sido incorporado), no eran precisamente bondadosos, ni generosos, sino hombres con defectos y virtudes. Quisiera aclarar que en ningún momento he tratado de hacer

una obra patriótica exaltando idealísticamente los personajes de la conquista, tal como aparece en los textos escolares. Los primeros conquistadores eran gente decidida a enriquecerse justamente porque en su propio país formaban parte de la clase explotada. Y para ello se valieron de cualquier medio que tuvieran a la mano...

—...como utilizar la religión como arma política?

—La religión siempre ha sido un arma política, pero su empleo va cambiando de acuerdo con los tiempos.

T.S. Elliot dice en uno de sus poemas algo más o menos así:

"En la Roma del Papado siempre se está reconstruyendo".

En el caso concreto de la conquista americana, el instrumento más idóneo fue la conversión. Los indios pasaron a ser cristianos y entraban de ese modo dentro de la jerarquía establecida por el binomio Iglesia-Estado. En mi obra, Rodrigo dice: "Hay que convertirlos. Hay que prometerles algo para la otra vida. Si no les ofrecemos el cielo, querrán poseer la tierra." El catecismo inculcaba a los indios la idea de la resignación, de la división de los cristianos en pobres y ricos: "Cuán difícil es a un rico entrar en el Reino de los Cielos", lo que significa que es preferible no ser rico, seguir siendo pobre, porque los pobres tienen más opción de ganar el cielo.

—La ventaja fundamental de que un autor dirija su propia obra radica en que puede presentar una concepción total de su universo dramático, pero, a la vez, implica el riesgo de una cierta pérdida de objetividad en la puesta escénica. ¿Cuál es tu opinión al respecto y con referencia a "Los Conquistadores"?

—Efectivamente, en lo que se refiere a la concepción total de la obra existe dicha ventaja, puesto que me ha dado la posibilidad de recrear sobre el escenario una atmósfera de violencia, tanto en lo psicológico de los personajes como en sus acciones exteriores, clima que tiene la obra en sí y que ha sido subrayada por la dirección. Ese mismo enfoque me ha obligado a crear una atmósfera luminosa de claroscuro para que el espectador se vea metido en la misma conciencia tortuosa de los personajes. En lo que se refiere a la pérdida de objetividad, si objetividad está tomado en el sentido de distancia, mi opinión es que un director debe más bien acercarse al texto, profundizarlo, hacerse dueño de él para entenderlo en la misma medida que el autor. En consecuencia, cuánto mejor puede adentrarse un director en un texto del que es, a su vez, autor.



Pizarro y Atabalipa en una escena de "Los Conquistadores"

"...he querido crear una atmósfera luminosa de claroscuro". Pizarro (Alvarez) y Almagro (Cacho) en una taberna de Panamá.